

EL VALOR MORAL DE ALEMANIA.—LA HORA DEL PELIGRO

Alemania cuidó desde el principio de la guerra más de los valores morales, que del valor material de sus tropas.

Creyó que sosteniendo la fe de los alemanes y debilitando esta fe en los aliados, mantenía viva la probabilidad de la victoria. Y esta es toda su actitud desde agosto de 1914. Maximiliano Harden ha dicho que los submarinos y los zeppelines no tenían otro objeto que este: llevar el pánico al corazón de la población civil. Debilitar, en otros términos, el valor moral de las naciones aliadas. El silencio, por otra parte, de que los alemanes rodeaban sus quebrantos militares; las notas hiperbólicas con que llevaban sus victorias, significaban la táctica que Alemania seguía para conservar la energía y la esperanza de los súbditos imperiales. Conservar el valor moral, sabía Alemania que era preciso para vencer. Y ha hecho esfuerzos sobrehumanos para conservarlo. La fortaleza

que guardaba el valor moral del adversario era contra la que Alemania enfrentaba su más fuerte artillería. Y ha hecho esfuerzos sobrehumanos para derribarla. ¿Cuál es, en este sentido, el plano actual de los países beligerantes?

Desde el principio de la guerra, los aliados sólo se propusieron una cosa: resistir y defenderse. Los alemanes, no. Desde el principio de la guerra los alemanes se propusieron avanzar y atacar, para ir ocupando posiciones nuevas. Más claro. Desde el principio de la guerra, Francia sólo tuvo una idea: conservar Francia; Inglaterra sólo tuvo un propósito: conservar Inglaterra. Alemania, no. Desde el principio de la guerra, el fin de Alemania fué extender el Imperio alemán por tierras de Francia y por tierras de Inglaterra. ¿Qué plan de estos prevalece hoy al llegar a los dos años de lucha? Todos, menos el de Alemania. Alemania quiso, al estallar el conflicto, deshacer de un aletazo la República francesa clavando la garra del águila bicéfala en el corazón de París. Primera caída. Las tropas imperiales que avanzaron como un ciclón, tuvieron que recorrer

en la batalla del Marne, la calle de amargura. Así se despidieron del primer sueño. Contenida y quebrantada Alemania en Francia, volvió los ojos hacia Rusia que, paciente, constante, seguía el camino de Berlín. Y los soldados del Kaiser, dispuestos, no a conquistar Rusia sino a destrozar a los rusos, se lanzaron como furias en dirección al Oriente de Europa. ¿Qué sucedió? Que los rusos, avaros de sus hombres y pródigos de su terreno, en vez de luchar, siguieron la táctica, consuetudinaria en ellos, de la retirada. Y los alemanes, que no querían tierra eslava, tuvieron que adentrarse por las estepas, tuvieron que inundarse y perderse en las marismas. Y los alemanes, que anhelaban la refriega cruenta, tuvieron que perder días y meses sin hallar un hombre que quisiera morir o los quisiera matar. Segunda caída, con ello. Adiós al segundo sueño. ¿Qué hacer? Francia no pudo ser vencida. Los rusos no pudieron ser hechos. ¿Qué hacer? Alemania despierta entonces en el fuego de su cerebro la idea de llegar a Egipto para herir desde Egipto el corazón de Inglaterra. Y comienza des-

de tal hora aquella lucha balcánica donde no se respeta ni un tratado, ni se cumple una palabra, ni se detiene la barbarie militar ante ninguna neutralidad. Alemania cree abierto el camino de Asia y con el camino de Asia el camino de la victoria. ¿Final? Que después de saltar todas las fronteras y dejar sin vida y sin gloria millones de cuerpos humanos, Alemania, fracasada en Occidente y en Oriente, vuelve los ojos y las armas hacia Occidente otra vez. Y en Occidente está hoy; frente a Verdún, con el gesto desesperado y angustioso del mal ladrón en el Calvario.

¿Ante todo esto, el valor moral de los pueblos beligerantes, no ha pasado también por distintas gradaciones? Sí. Sobre todo en Alemania. La actitud de los socialistas en el Reichstag, al declararse la guerra y su actitud actual, marca esta gradación. Los disidentes de la guerra al principio de la guerra, constituían peligrosa excepción; hoy, forman públicamente numeroso grupo. Esto, una señal. Otra señal, el trato dado por Alemania a los prisioneros. En los primeros meses de la

guerra, era un trato humano que revelaba el deseo de Alemania de borrar el efecto de su conducta con Bélgica. Revelaba también la serenidad del pueblo, dueño de sus actos. El descubrimiento por el comandante Prietsley y los capitanes Lander y Vidal, prisioneros supervivientes del campamento de Wittenberg, de lo sucedido con los prisioneros ingleses, franceses, rusos y belgas confinados en este campamento, demuestra que Alemania ha perdido ya la cabeza; que ni busca ropajes para decorar su nombre, ni tiene fuerza para refrenar los instintos que duermen en el pozo de todas las almas. Otra señal, la que determina con más alto vigor esta gradación, es la actitud que guarda Alemania ante el último manifiesto conminatorio de los Estados Unidos. No es la Alemania que se desentiende con un desplante, como se desentendió así la primera vez que los Estados Unidos acudió a ella exigiéndole respeto para la vida de los neutrales. No es la Alemania que contesta ofreciendo la compensación deshonrosa de un puñado de marcos, como contestó la segunda vez que los Estados Unidos re-

quirió de ella el reconocimiento de su responsabilidad por el hundimiento de ciertos barcos mercantes. No es la Alemania que se ríe, ni la Alemania que cree con el dinero borrar y tapar todas sus faltas. Es la Alemania que duda antes de contestar. Que antes de contestar publica oficiosamente en su prensa escritos doliéndose de la actitud intransigente adoptada por los Estados Unidos. Que antes de resolver en concreto la respuesta que ha de dar a los Estados Unidos, lanza a la publicidad a título de información los términos de su respuesta, con objeto de que los comentarios determinen por anticipado el efecto que la respuesta podrá producir. No es la Alemania, segura de su triunfo, con el brazo en alto, azotando sin piedad con las alas de su águila, el rostro de todos los soberanos del mundo. No es la Alemania que avanza como un ciclón. No. Es la Alemania que se recoge, que ha perdido en absoluto la fe en sí misma, que reflexiona ya sus palabras, que examina donde pone el pié, que comienza a darse cuenta de su dramática situación. Es la Alemania que vé cerrado por su propia mano el camino

que tenía abierto en Europa.

Bismarck, en la cumbre de su poder, afirmó sentenciosamente que «para los Estados llega su hora de peligro, cuando llega su hora de duda, cuando se asustan de mirar hacia atrás y no se atreven a mirar hacia delante». ¿No señalan los hechos actuales que esta hora de peligro y de dolor se marca ya con sello de fuego en la historia del pueblo alemán?

LAS DEPORTACIONES BELGAS; NEUTRALIDAD Y HUMANIDAD

España no debe callar ante el grito de dolor lanzado por los belgas. Y si calla la España oficial, indigna del Poder que ocupa, no debe callar la España vital. Las izquierdas de nuestro país, sobre todo, tienen la obligación sagrada de hacer llegar a los oídos de Alemania el juicio que merece su conducta reprobable.

No es el caso actual de Bélgica, el caso de un incidente posible en toda guerra. No. No es tampoco la invocación del país destrozado en la contienda en solicitud de brazos fuertes que acudan a levantarle. Bélgica, segura por la firma de sus tratados, de la inviolabilidad de su territorio, no gimió cuando una soldadesca sin ley moral entró a saco por todo. Bélgica, orgullosa de su organización europea y de su elevación espiritual, no desesperó cuando vio esta organización deshecha a cañonazos; confió en la elevación espiritual indestructible para rehacer su organización euro-

pea. Bélgica, mengua de la guerra, no protestó, envuelta brutalmente en la guerra, contra los daños que la guerra iba causando en sus entrañas. Pero ahora no es esto. Y porque no es esto, Bélgica quiere, clama, llama a los hombres de corazón, tiende los brazos, pregunta a los países neutrales si es hora de que los deberes de la neutralidad cedan paso a los deberes de humanidad.

La situación actual de Bélgica ha sido descrita sobriamente por los proletarios belgas, igualmente, desde el Trocadero de París, ha sido descubierta por Vanderelde y por Mauricio Maeterlinck. No es la angustia de Bélgica el ver sus campos abandonados, sus monumentos derruídos, sus pueblos sin piedra sobre piedra, su patria en poder de gente extraña. La angustia que Bélgica siente la siente ante las deportaciones colectivas que realiza Alemania. «Si los hombres de este siglo fueran lo que debían ser—, dice Materlinck— y lo que nosotros habríamos esperado que fueran, no habría nada que añadir al llamamiento que los obreros belgas acaban de lanzar al mundo civilizado. Esta pá-

gina, que no es una página literaria, ni una ampulosidad oratoria, sino un documento auténtico, de una precisión, de una reserva, de una sobriedad admirable y terrible a un tiempo mismo; es uno de los más desgarradores gritos de angustia que han retumbado sobre la tierra desde que en ella existe la Humanidad. Este llamamiento, de un trágico sin precedentes, nos dice que en estos instantes de 500 a 800.000 obreros, de diez y siete a sesenta años (todo lo que hasta este día en las clases trabajadoras había escapado a la muerte por la miseria y el hambre, a la matanza y a las vicisitudes de los combates) está ya o estará dentro de poco, reducido a la esclavitud.» Esta es la realidad. Bélgica no solo ha visto incumplidos sus tratados internacionales. No sólo ha contemplado la ruína de todo su tesoro. No sólo ha soportado la ocupación de su patria por el enemigo. Ahora pasa por tragedia más amarga. Los belgas que quedaban con vida, hombres y mujeres, niños y ancianos, son agavillados por los alemanes y deportados sin piedad. ¿No es hora de que en las tierras tranquilas, en completa paz,

se levante una voz de protesta? ¿No es hora de que los católicos, en nombre de la caridad cristiana, protesten contra estos actos realizados por Alemania? ¿No es hora de que los liberales, en nombre de la fraternidad, protesten contra estos atropellos cometidos por Alemania? ¿No es hora de que todo hombre, en nombre de los deberes de humanidad, proteste contra estas iniquidades perpetradas por Alemania? ¿No es hora de que todo Gobierno, en nombre de los respetos que la ciudadanía merece, se dirija al Gobierno de Alemania insinuándole los límites que no pueden traspasarse impunemente?

Bélgica acude a los países neutrales para que dejen oír su voz. Acude a España. Suecia ha dicho ya su palabra. ¿Dirán también la suya los otros países neutrales? ¿Hablará España? Hay en el documento de Maeterlinck un estímulo para nosotros: «Suponed por un instante—dice—que estamos en un lugar y que nosotros, belgas, ingleses, franceses e italianos, hemos permanecido neutrales en una guerra entre Alemania y Rusia, en la que Suiza, por ejemplo, hubiera sido tratada por Ale-

mania como lo ha sido y como aún lo es Bélgica. ¿Imagináis lo que hubiera pasado en París, en Bruselas y en Londres? ¿Os imagináis la emoción formidable, el estremecimiento irreprimible, la marea de indignación y de horror que el mismo día, en todas nuestras capitales, hubiera sublevado hasta las piedras de las calles y arrastrado a nuestros reyes y a nuestros gobernantes, en el inmenso torbellino de la piedad y de la justicia populares?» La declaración es terminante. Si Francia, Inglaterra, Italia y Bélgica hubieran permanecido neutrales y Alemania hubiera intentado contra una nación pequeña, los atropellos que ha cometido contra Bélgica, en Roma, en Bruselas, en París, en Londres, se hubieran sublevado hasta las piedras de las calles. Pero ahora—, viene a decir Maeterlinck—Francia, Inglaterra e Italia están en guerra: no pueden protestar. Su voz que es la voz que se hubiera oído, ahora es voz que también gime.

¿No constituye ello un estímulo para España? ¿No nos obliga a demostrar que en el pecho de los españoles hay mayor sensibilidad que en las piedras de las calles

de París, de Bruselas, de Londres? Por nuestra parte, el manifiesto de los proletarios belgas, lo hemos puesto ya en alto, como bandera. Y detrás de ella nos esforzaremos por levantar el torbellino de la piedad y de la justicia popular.

«FRANCIA VENCERÁ»

Hablamos hace unos días de la actitud de los socialistas alemanes al declararse la guerra europea. Conviene insistir sobre este punto. El publicista Paul Louis ha publicado en la «Révue Bleue», un artículo que no sólo da gran luz a este hecho histórico, sino que descubre la reacción del espíritu liberal alemán.

«Los socialistas alemanes, dice Paul Louis, han tenido miedo a una represión terrible, salvaje, que hubiera destruído a millares de ellos.» ¿Han tenido miedo a una represión? Es decir, reconstruyendo el hecho. Ha llegado el momento de declarar la guerra. Ha sido la declaración de la guerra con asentimiento general. Se ha creído, al declarar la guerra, en el triunfo inmediato de Alemania. ¿Quién iba a oponerse a la declaración? ¿Quién iba a negar la colaboración? El miedo tenía su fundamento lógico. El silencio de los socialistas tenía una justificación.